

«YO SOY EL PAN DE LA VIDA»

Para los retiros de este año, me propongo presentar algunas de las afirmaciones de Jesús, tal como se nos presentan en el evangelio según san Juan: Yo soy el pan de la vida, yo soy la luz del mundo, yo soy la puerta, yo soy el buen pastor, yo soy la resurrección y la vida, yo soy el camino y la verdad y la verdad, yo soy la vida verdadera.

Todas estas expresiones nos revelan algo de lo que es Jesús respecto a nosotros en su misión salvífica. Cada uno de ellas expresa una perspectiva distinta de lo que ha de ser nuestra relación con él y nuestra misión, en consecuencia, en el mundo de acuerdo con nuestra vocación propia. Si dejamos la expresión, «yo soy la resurrección y la vida», el predicado es una figura concreta y tiene por tanto un valor simbólico: el pan verdadero, la luz del mundo que ilumina a todo hombre, la puerta por la que hay que entrar y salir, el pastor bueno y mesiánico, el camino que conduce al Padre, la vida verdadera.

En este primer retiro propongo que nos centremos en la afirmación: «Yo soy el pan de la vida.» Para comprender el sentido simbólico, pero no por ello menos real, sino todo lo contrario, conviene recordar de entrada, que la expresión la encontramos en el capítulo VI de san Juan. Este capítulo evoca, sin duda alguna, y conviene tenerlo muy presente, cómo Israel, una vez liberado de la esclavitud de Egipto, fue alimentado en el desierto con el maná por Dios para que se encaminara hacia la tierra de la libertad.

En efecto, después de haber alimentado a la muchedumbre, de haber liberado en la noche a los suyos del peligro del mar encrespado y de conducirlos a buen puerto, Jesús se reencuentra con la muchedumbre que lo busca afanosamente, pues han comido hasta saciarse. Es el momento de la verdad. Y Jesús denuncia sin ambages el motivo de su búsqueda, los pone ante su propia verdad. «En verdad, en verdad os digo: me buscáis no porque habéis visto signos, sino porque comisteis pan hasta saciaros. Trabajad no por el alimento que perece, sino por el alimento que perdura para la vida eterna, el que os dará el Hijo del hombre; pues a este lo ha sellado el Padre, Dios». (Jn 6, 26-27)

Estas palabras de Jesús nos plantean una pregunta decisiva para los que hemos hecho la experiencia de ser saciados de forma gratuita por el Señor. ¿Lo seguimos buscando por lo que nos reporta o por él mismo? No podemos quedarnos en la pregunta tan socorrida de nuestros días: ¿Quién es Dios para mí? La verdadera cuestión de la fe es esta: ¿Quién soy yo para el Señor? Aquí no podemos dejar de recordar lo que escribía un día K. Rahner.

Dios es lo más importante. Los problemas más importantes son quizá aquellos que los hombres de la actualidad no consideran particularmente importantes. Tenemos, por ejemplo, la pregunta básica de la teología acerca de Dios. La mayoría de los hombres actuales, al menos en el plano más superficial de conciencia ordinaria, defenderían una de las dos opiniones que siguen: unos dirían que esta pregunta sobre Dios no importante en modo alguno; otros añadirían que, incluso en el caso y en la medida en la pregunta por Dios es importante, habría que plantearla de esta forma: ¿por qué y en qué medida Dios es importante *para los hombres*? Yo considero que esta pregunta antropocéntrica por Dios resulta en último término equivocada y opino que esta extraña manera de olvidarse de Dios (es decir, del Dios en sí) constituye quizá la problemática más importante de la actualidad... hay muy pocos hombres que piensen que, en último término, no es Dios el que existe para ellos, sino que son ellos los que existen para Dios... Yo quisiera ser un teólogo que dice que Dios es lo más importante y que nosotros estamos aquí para amarlo,

olvidándonos de nosotros mismos; que estamos aquí para invocarlo, para ser suyos, para saltar desde el ámbito de nuestro ser al abismo de la incomprendibilidad de Dios. Naturalmente, ha de darse por supuesto que la teología debe afirmar que, en último término, aquel que está vinculado a Dios, el que debe olvidarse de sí mismo poniéndose en manos de Dios, es el hombre. (K. Rahner, Dios, amor que desciende. Escritos espirituales. Santander 2011³, p. 17-18)

La reacción de la muchedumbre ante la denuncia de Jesús es muy significativa: «Y ¿qué tenemos que hacer para realizar las obras de Dios?» (v. 28) Es la pregunta de quien busca alcanzar el favor del Señor a través de sus obras. ¿No se ofrecían sacrificios para poner a Dios de su parte? ¿No es la tentación de ciertas formas de religiosidad?

La respuesta de Jesús a semejante pregunta, en apariencia buena, debe acaparar toda nuestra atención: «La obra de Dios es esta: que creáis en el que él ha enviado» (v. 29). Jesús acaba de presentarse como el Hijo del hombre enviado por Dios desde el cielo y por el que tenemos acceso a la vida misma de Dios. Lo importante no es lo que obra el hombre, sino lo que Dios obra en el hombre. La fe en el enviado de Dios es la obra misma de Dios en el hombre. Pero esto supone una apertura semejante a la de María: «He aquí la esclava del Señor. Hágase en mí según tu palabra.»

Los judíos reaccionan ante la provocación de Jesús y piden un signo proporcionado a su afirmación para creer en él. Es la expresión de una cierta cerrazón a la fe, de quien decide en que condición puede o no creer. No se fían de la palabra del enviado de Dios, a pesar del signo que acaban de vivir, la multiplicación de los panes y peces. Piden un signo semejante al del maná cuando Israel caminaba por el desierto, para juzgar si en él habla realmente Dios, como lo hiciera en Moisés. Los oyentes ponen a prueba a Jesús, pues al presentarse como el Hijo del hombre, han entendido que se sitúa por encima del propio Moisés, el verdadero mediador de la palabra de Dios y en el que ellos crían.

Le replicaron: «¿Y qué signo haces tú, para que veamos y creamos en ti? ¿Cuál es tu obra? Nuestros padres comieron el maná en el desierto, como está escrito: “Pan del cielo les dio a comer”». Jesús les replicó: «En verdad, en verdad os digo: no fue Moisés quien os dio pan del cielo, sino que es mi Padre el que os da el verdadero pan del cielo. Porque el pan de Dios es el que baja del cielo y da vida al mundo». Entonces le dijeron: «Señor, danos siempre de este pan». (Jn 6, 30-34)

He aquí el malentendido de siempre. Jesús ha hablado de «la obra de Dios» y los judíos le preguntan irónicamente: «¿Cuál es tu obra?» Si los judíos podían creer en Dios y en su siervo Moisés, era porque Dios a través de su siervo los había liberado de la esclavitud, los había conducido a la alianza y les había dado las palabras de la vida. Al presentarse Jesús como «el Hijo del hombre» de la apocalíptica, la muchedumbre pide que demuestre lo que afirma. Y Jesús contesta remitiendo a la obra de su Padre, el que dio de comer al pueblo en el desierto. No fue Moisés, sino Dios quien liberó al pueblo de la esclavitud, quien le dio de comer en el desierto, quien les dio el verdadero maná de la Ley de la alianza.

Con esta afirmación, Jesús da un salto del pasado al presente. Dios fue quien alimentó al pueblo en el desierto y es él también quien sigue alimentando a los suyos en la historia. Es el Padre quien da aquí y ahora «el verdadero pan del cielo». Jesús es dado por el Padre y en él y por él recibimos la vida. En modo alguno podemos olvidar que el Hijo es dado por el Padre, para la vida del mundo. El dador es el Padre. El Hijo es el don por medio del cual nos será dado el Espíritu prometido.

Y añade Jesús: «Porque el pan de Dios es el que baja del cielo y da la vida al mundo.» *El maná era un símbolo de la Palabra que viene de Dios y engendra para la vida.* En esta perspectiva, la primera carta de Pedro nos recuerda que somos regenerados mediante la palabra viva de Dios.

Ya que habéis purificado vuestras almas por la obediencia a la verdad hasta amaros unos a otros como hermanos, amaos de corazón unos a otros con una entrega total, pues habéis sido regenerados, pero no a partir de una semilla corruptible sino de algo incorruptible, mediante la palabra de Dios viva y permanente, porque *Toda carne es como hierba | y todo su esplendor como flor de hierba: | se agosta la hierba y la flor se cae, | pero la palabra del Señor permanece para siempre.* Pues esa es la palabra del Evangelio que se os anunció. (1P 1, 22-25)

Los oyentes de Jesús, con buen criterio, como lo hiciera la samaritana, piden a Jesús que les dé el pan de la vida, al que acaba de referirse: «Señor, danos siempre de este pan». La petición es sencilla y hermosa; pero, en realidad, como lo demuestra el desarrollo ulterior, la petición de la muchedumbre era interesada e intrascendente, sólo buscaba satisfacer sus necesidades materiales y religiosas. ¿No es lo que sucede hoy también en una buena parte con tanta gente bien intencionada y piadosa? Buscan satisfacer sus necesidades religiosas en lugar de dejarse recrear por la palabra viva y permanente de Dios. ¿Y nosotros? La samaritana dio un paso, reconoció la singularidad de Jesús, dejó el cántaro y se fue en busca de su pueblo para anunciarles su sorprendente y gozoso hallazgo. No sucederá así con los oyentes de la sinagoga. La conversión de «los buenos» es siempre más difícil, pues se sitúan ante «la novedad de Jesús» como los que saben y, en no pocas ocasiones, como jueces.

1.- «YO SOY EL PAN DE VIDA»

Jesús les contestó: «Yo soy el pan de vida. El que viene a mí no tendrá hambre, y el que cree en mí no tendrá sed jamás; pero, como os he dicho, me habéis visto y no creéis. (Jn 6, 35-36)

La afirmación de Jesús es sorprendente, asombrosa, provocativa, e inaudita. Ante sus oyentes, se presenta a sí mismo como «el maná definitivo», como el verdadero pan y alimento, como el pan anunciado por la Escritura, como la Palabra que viene de Dios, a quien llama «mi Padre». El que vaya a él no tendrá hambre y si cree en él no tendrá jamás sed, superando todo lo anunciado en las Escrituras, pues los discípulos de la Sabiduría seguirán teniendo hambre y sed, como recuerda el libro del Eclesiástico (cf. Ecl 24, 19.21; Prov 9, 5); diferente será para los que crean en él, en Jesús, el hijo de José y María. Con Jesús los tiempos se han cumplido, con Jesús el deseo de la humanidad queda plenamente saciado, como había anunciado el profeta Isaías (cf. Is 48, 21; 49, 10). Jesús se afirma, por tanto, como el nuevo y definitivo maná, como la roca de la que brotó para el pueblo el agua de vida. Los judíos no podían más que reaccionar ante estas afirmaciones: ¿Cómo podían aceptar lo que estaban oyendo, pues no encajaba con sus creencias religiosas?

Este es el hecho: los oyentes, a pesar de ver a Jesús y su signos, no creen en él. Es como si algo les impidiera creer en él. Han visto su persona y signos, lo están escuchando, pero se hallan cerrados en sus creencias. Con frecuencias son nuestras creencias las que nos impiden acoger la novedad de la persona y palabra de Jesucristo. Sucedió ayer y sigue sucediendo en nuestros días. Como decía un obispo, los buenos tenemos especial dificultad para convertirnos, para abrirnos a la novedad de Dios.

Pero Jesús, a pesar de presentarse como el Hijo del hombre, permanece en su condición de enviado. Por ello a continuación recalca su dependencia radical del Padre. En efecto, como ya ha indicado, «la obra de Dios» es conducir a los hombres a la fe en él, su enviado. El que va a Jesús, por tanto, y en ello consiste la fe verdadera, es obra del Padre. Más, es el Padre quien nos entrega a su Hijo. ¿Somos conscientes de ello? En la llamada oración sacerdotal, Jesús repite con insistencia: «los que me has dado sacándolos del mundo» (cf. Jn 17). He aquí lo que quiere expresarse con la dinámica de la consagración. Jesús oraba así:

Cuando estaba con ellos, yo guardaba en tu nombre a los que me diste, y los custodiaba, y ninguno se perdió, sino el hijo de la perdición, para que se cumpliera la Escritura. Ahora voy a ti, y digo esto en el mundo para que tengan en sí mismos mi alegría cumplida. Yo les he dado tu palabra, y el mundo los ha odiado porque no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. No ruego que los retires del mundo, sino que los guardes del maligno. No son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. Santifícalos en la verdad: tu palabra es verdad. Como tú me enviaste al mundo, así yo los envío también al mundo. Y por ellos yo me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados en la verdad. (Jn 17, 12-19)

Jesús ha bajado del cielo, es la palabra que viene del cielo (cf. Is 55, 10-11), él, el pan de vida, para hacer la voluntad del que lo ha enviado. Su misión es fecundar la tierra de Dios, el mundo amado por quien lo ha enviado en una carne semejante a la nuestra.

Él no vino por su cuenta, sino enviado. Y fue enviado para dar vida, para ser el pan de vida de cuantos lo acogen en la fe. Es el don de Dios. La voluntad de Jesús se identifica con la voluntad del que lo envía. Pero no una vida cualquiera, sino la vida sin ocaso, la vida definitiva. No es como el maná de desierto, pues los que lo comieron murieron. El que come el pan venido del cielo, será resucitado para la vida. Pero para poseer la vida ofrecida por Dios, es preciso acudir a Jesús, que en ellos consiste la fe. Escuchemos al Viviente:

Todo lo que me da el Padre vendrá a mí, y al que venga a mí no lo echaré afuera, porque he bajado del cielo no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado. Esta es la voluntad del que me ha enviado: que no pierda nada de lo que me dio, sino que lo resucite en el último día. Esta es la voluntad de mi Padre: que todo el que ve al Hijo y cree en él tenga vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día». (Jn 6, 37-40)

Jesús revela y lleva a cabo la voluntad salvífica del Padre al ser enviado, dado al mundo. Conviene notar que es dado por el amor del Padre. «Tanto amó Dios al mundo, que entregó (dio) al mundo a su Unigénito, para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna.» (Jn 3, 16). Y el Padre, además de darnos a su Unigénito, no cesa de trabajar por medio del Espíritu en nosotros, para conducirnos a la fe en su Hijo amado, para que adhiriéndonos a él por la fe, participemos de su misma vida divina. Y aquí debemos detenernos en una palabra del concilio Vaticano II, pues resume de forma magistral la verdadera vocación del hombre que la Iglesia apostólica está llamada a servir con verdadera pasión. Dice el Concilio:

En realidad, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado. Porque Adán, el primer hombre, era figura del que había de venir, es decir, Cristo nuestro Señor, Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación.

El hombre cristiano, conformado con la imagen del Hijo, que es el Primogénito entre muchos hermanos, recibe *las primicias del Espíritu* (Rom 8,23), las cuales le capacitan para cumplir la ley nueva del amor.

Esto vale no solamente para los cristianos, sino también para todos los hombres de buena voluntad, en cuyo corazón obra la gracia de modo invisible. Cristo murió por todos, y la vocación suprema del hombre en realidad es una sola, es decir, la divina. En consecuencia, debemos creer que el Espíritu Santo ofrece a todos la posibilidad de que, en la forma de sólo Dios conocida, se asocien a este misterio pascual. (GS 22)

Antes de pasar a la reacción de los judíos ante las palabras de Jesús, notemos cómo Jesús llegó a ser el pan de vida, para cuantos creen en él. El Hijo se hizo carne (cf. Jn 1, 14), fue enviado en una carne semejante a la del pecado (cf. Rom 8, 3). Y así se hizo solidario de la humanidad entera, de todo ser humano en su condición de pecador. Cargó con nuestro pecado. Con su muerte dio muerte al poder del pecado y nos dio el Espíritu que trabaja ya en el corazón de todo hombre para conducirlo, si no se niega, a la plenitud de vida que se halla en la resurrección del Viviente. En una palabra, El Hijo recorrió el camino del despojo y la kénosis a fin de convertirse para nosotros en el pan de la vida.

Las palabras de Jesús, autoproclamado Hijo del hombre, no dejaron indiferentes a sus oyentes, que reaccionaron, según el evangelista en estos términos.

Los judíos murmuraban de él porque había dicho: «Yo soy el pan bajado del cielo», y decían: «¿No es este Jesús, el hijo de José? ¿No conocemos a su padre y a su madre? ¿Cómo dice ahora que ha bajado del cielo?». (Jn 6, 41-42)

La reacción de los «judíos» es la propia de sus antepasados en el camino de la libertad, esto es, en el desierto (cf. Ex 16, 2s). También en el desierto los judíos murmuraron contra Moisés, pero en realidad era contra Dios, pues acuciados por el hambre rechazaban el camino que Dios les proponía. La murmuración contra el siervo de Dios era, en última instancia, un rechazo del designio salvador de Dios.

Los judíos se escandalizan ante la sorprendente afirmación de Jesús, pues choca con su experiencia y conocimiento, es decir, con lo que ellos conocían de Jesús. Conocían al hijo del carpintero y no al que venía de Dios. Conocían su condición humana y de taumaturgo, pero no su condición divina.

La murmuración no es una simple crítica, es ponerle pleito, como enseñan los profetas, al mismo Dios, aunque en apariencia la murmuración se dirija a su siervo, como lo recuerda la experiencia de Israel por el desierto. La murmuración es la negativa a indagar en el misterio y, en consecuencia, a descalificar al que se presenta como enviado de Dios y anuncia la novedad de la revelación. De Jesús, por tanto, no cuestionan al hombre, sino su condición divina, pues ellos ya saben que es el hijo del carpintero. Podríamos decir que las creencias pasan antes que la novedad insospechada de Dios. Por ello sus seguidores terminarán dando la espalda al Jesús admirado y buscado. Pero Juan, con su ironía que le caracteriza, se sirve de la murmuración, para reafirmar a fondo la identidad de Jesús y la relación que debemos mantener con él y con el Padre en el Espíritu Santo.

2.- LA RELACIÓN DEL PADRE Y EL HIJO

Jesús tomó la palabra y les dijo: «No murmuréis entre vosotros. Nadie puede venir a mí si no lo atrae el Padre que me ha enviado. Y yo lo resucitaré en el último día. Está escrito en los profetas: “Serán todos discípulos de Dios”. Todo el que escucha al Padre y aprende, viene a mí. No es que alguien haya visto al Padre, a no ser el que está junto a Dios: ese ha visto al Padre. En verdad, en verdad os digo: el que cree tiene vida eterna. (Jn 6, 43-47)

En aquel momento tomó la palabra Jesús y dijo: «Te doy gracias, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos, y se las has revelado a los pequeños. Sí, Padre, así te ha parecido bien. Todo me ha sido entregado por mi Padre, y nadie conoce al Hijo más que el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar. (Mt 11, 25-27)

En aquella hora, se llenó de alegría en el Espíritu Santo y dijo: «Te doy gracias, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos, y las has revelado a los pequeños. Sí, Padre, porque así te ha parecido bien. Todo me ha sido entregado por mi Padre, y nadie conoce quién es el Hijo sino el Padre; ni quién es el Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar». (Lc 10, 21-22)

Ahora el evangelista desarrolla la afirmación que la obra del Padre es conducirnos a la fe en su Hijo, enviado por él para darnos la vida. Si en el prólogo era el Hijo quien nos daba a conocer al Padre, ahora es el Hijo quien nos dice: nadie puede ir a él si el Padre no lo atrae. En efecto nadie conoce al Hijo sino es el Padre. Hacerse discípulo del Padre, aprender de él, es equivalente, por tanto a creer en su enviado. No es la razón ni la experiencia del hombre el que nos lleva a Jesús, sino el Padre. Él atrae y enseña quién es el Hijo enviado por él para dar la vida, para introducirnos en el discipulado auténtico.

Pero al mismo tiempo Jesús afirma que es él, el único a ver visto al Padre. El único, por tanto, que puede darnos a conocer realmente al Padre. De esta forma Jesús nos recuerda que Dios Padre está en el origen y en el término de su identidad y misión. El Hijo ha venido al mundo para hacer la voluntad del que lo envió.

La fe en el Hijo supone un dejarse enseñar por el Padre, un estar incondicionalmente a lo que el Padre no revela de su Hijo. Es preciso acoger la iniciativa del Padre para creer en Jesús. Es el camino para tener vida eterna.

Todos los hombres están atraídos e invitados por el Padre a la fe en su enviado. Él ama a todos y ejerce una atracción sobre todos para llevarlos a creer en su Hijo. Y para ello es preciso abrirse a la palabra que resuena en las Escrituras y mediante la cual todos somos atraídos y conducidos hacia el Hijo. Dios atrae por medio del amor (cf. Is 54, 33s; Jer 31, 33s; Os 11, 1ss). Él no cesa de trabajar en el corazón del hombre, si es dócil a la acción interior del Padre en el Espíritu de la verdad, santidad, comunión y libertad. Dicho con otras palabras, todo comienza en el Padre y todo termina en el Padre por medio del Hijo enviado en una carne semejante a la nuestra, para darnos el don prometido, el Espíritu de la vida sin ocaso. En esta dinámica nos introduce la fe, don de Dios. Todo es obra de Dios. Jesús, el pan de vida, es el camino que nos conduce a la comunión existente entre el Padre y él en el Espíritu de santidad. La fe en Jesucristo es la obra del Padre desde el inicio hasta el final. Estamos en la fe y no en una simple religiosidad. El hombre se ha de determinar a creer libre y responsablemente. No basta con cumplir unos preceptos o vivir unos valores.

3.- COMER EL PAN BAJADO DEL CIELO

Jesús respondió a los que le preguntaban ¿qué tenemos que hacer para realizar las obras de Dios?, «la obra Dios es creáis en el que él ha enviado», esto es, en el pan bajado del cielo para colmar nuestra hambre y sed de vida. Ahora el texto evangélico da un paso más e insiste en la perspectiva de la manducación. Es el paso de la fe a la comunión. La fe nos encaminaba hacia Jesús, en la manducación queda abolida toda distancia y el creyente

permanece en Jesús, el enviado. Como el Hijo vive por el Padre, de la misma manera el creyente por el Hijo, esto es, comiendo el pan de la vida, que en eso consiste, en última instancia, la fe. Jesús se da y nosotros debemos dejar que entre en nosotros. La vida del Hijo pasa a ser la vida de los creyentes, de modo que recibimos la capacidad de ser hijos de Dios. Él nos hace partícipes de su vida filial. Pero vayamos por pasos.

Yo soy el pan de la vida. Vuestros padres comieron en el desierto el maná y murieron; este es el pan que baja del cielo, para que el hombre coma de él y no muera. Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo; el que coma de este pan vivirá para siempre. Y el pan que yo daré es mi carne por la vida del mundo». (Jn 6, 48-52)

Jesús insiste de ser el pan de vida y de dar la vida para siempre; y así muestra su diferencia con el maná que comieron los padres en el desierto, pero que murieron, pues el maná era incapaz de comunicar la vida eterna. Sí lo hace el pan bajado del cielo, esto es, el propio Jesús. «El que coma de este pan vivirá para siempre». En Jn 5, 24, Jesús decía ya: «Quien escucha mi palabra y cree al que me envió posee la vida eterna y no incurre en juicio, sino que ha pasado de la muerte a la vida».

Ahora, el evangelista nos invita a dar un paso más: Jesús es el don del Padre y, al mismo tiempo, el donante. En efecto, el afirma: «El pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo». Jesús nos habla de «carne», haciendo así referencia a su condición mortal. El Verbo se hizo carne. La encarnación, la bajada del cielo, es lo que evoca la metáfora del pan. Él ha venido y se da para la vida del mundo. El Hijo, venido en la carne, se entregará en la cruz para dar la vida al mundo. Esto es lo que sucederá en la Pascua y que la Iglesia apostólica no cesará de celebrar en la Eucaristía, aun cuando el discurso de Jesús en la sinagoga se limite a sugerirlo.

Comer significa, como lo expresaba la experiencia del maná el desierto y luego la metáfora, aplicada a la palabra de Dios como sucede en la literatura profética y sapiencial, asimilar el don de Dios, vivir de él, para alcanzar la patria de la libertad. El discípulo del reino de Dios, por tanto, ha de comer del pan bajado del cielo para andar el camino y poseer la vida eterna que se halla contenida en el mismo don de Dios.

Esto no podía dejar de acentuar el asombro de los judíos y su reacción negativa, pues Jesús exigía ser «comido» como si fuera la misma palabra de Dios. Surge así la disputa entre los judíos. De ella se aprovecha, una vez más, el evangelista para ahondar en el mensaje del que es, a un tiempo, el don y el donador, el mensaje y el mensajero. El escándalo está servido. Las disputas y reacciones negativas no deben extrañarnos. Los hombres no aceptamos con facilidad las novedades que no se adecuan a nuestra razón y experiencia. La senda de la encarnación y de la cruz, de la palabra que pide una adhesión de fe, sin condiciones, no deja de suscitar disputas y reacciones encontradas. Escuchemos de nuevo la narración del evangelista.

Disputaban los judíos entre sí: «¿Cómo puede este darnos a comer su carne?». Entonces Jesús les dijo: «En verdad, en verdad os digo: si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día. Mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él. Como el Padre que vive me ha enviado, y yo vivo por el Padre, así, del mismo modo, el que me come vivirá por mí. Este es el pan que ha bajado del cielo: no como el de vuestros padres, que lo comieron y murieron; el que come este pan vivirá para siempre». Esto lo dijo Jesús en la sinagoga, cuando enseñaba en Cafarnaún. (Jn 6, 53-59)

Jesús insiste en la necesidad de comer su carne y beber su sangre para tener la vida eterna y ser resucitado en el último día, ya que en su condición humana es pan bajado del cielo. La salvación está en el hecho de que el creyente viva en Jesús y Jesús en él. Además se añade que la inminencia mutua entre Jesús y el creyente (¿no era esta la relación propia de la alianza, tal como se presentaba ya en el Sinaí? ¿No se evoca así Jer 31, 33?), acontece en el horizonte de la relación existente entre el Hijo del hombre y el Padre que lo ha enviado. Como el Hijo recibe del Padre la vida, así los creyentes la reciben de Jesús. Y como el Hijo del hombre permanece en el Padre, así los creyentes, permaneciendo en él y él en ellos, se hacen acreedores de la vida eterna. El como no es comparativo, sino inclusivo. La relación del Padre y el Hijo es el fundamento de lo que debe ser la relación entre Jesús y el creyente. Jesús es la escala que une el cielo y la tierra (cf. Jn 1, 51).

A través de los términos carne y sangre se insiste en que el Hijo del hombre se da en totalidad como pan de vida (carne y sangre sirve para expresar el hombre en su totalidad, como puede verse en Mt 16, 17; Hb 2, 14, evocación, en este último texto de la Pascua). En efecto, quien va a Jesús y permanece en él (que en ello consiste la fe), será asimilado a él y gozará de su misma vida. No es el hombre el que asimila la palabra de Dios, sino el hombre el que queda asimilado en la Palabra que come y bebe. Y aquí radica una dimensión importante en la verdadera relación del creyente, del discípulo, con Jesús: Dejarse asimilar por la Palabra, dejarse hacer por ella. Ahora ya conocemos el camino que conduce a la vida sin ocaso: permanecer en la comunión con el Hijo del hombre enviado por el Padre, para llevar a los hombres a él. Alimentarse con el cuerpo y la sangre del Hijo, muerto y resucitado, es, en definitiva, adherirse a su persona de forma incondicional y dejarse asimilar a él, pues sus palabras son espíritu y vida. Quien está en Jesús, su Espíritu estará en él. Es la vida sin ocaso que anima ya la existencia del creyente.

«¿Por qué no somos todos sabios y buenos (PHRONIMOI), recibiendo el conocimiento (gnosis) de Dios que es Jesucristo? ¿Por qué perecer insensatamente, desconociendo (despreciando) la gracia (el don) que el Señor nos ha verdaderamente enviado? (San Ignacio de Antioquía, a los Efesios 17, 2)

«Mi deseo (amor *EROS*) terrestre ha sido crucificado y ya no existe en mí el fuego para amar la materia (PUR PHLOULON), pero hay dentro de mí el murmullo de un agua viva (cf. Jn 4, 10; 7, 38; Ap 14, 25) que me dice: «Ven al Padre». Ya no tengo gozo en un alimento de corrupción ni a los placeres de esta vida; lo que yo quiero es el pan de Dios, que es la carne de Jesucristo, el hijo de David (Jn 7, 42; Rom 1, 3), y por bebida yo quiero su sangre, que es el amor (AGAPÉ) incorruptible» (S. Ignacio de Antioquía, a los romanos (7, 2)

4.- IR A JESÚS, EL SANTO DE DIOS

Muchos de sus discípulos, al oírlo, dijeron: «Este modo de hablar es duro, ¿quién puede hacerle caso?». Sabiendo Jesús que sus discípulos murmuraban de esto, les dijo: «¿Esto os escandaliza?, ¿y si vierais al Hijo del hombre subir adonde estaba antes? El Espíritu es quien da vida; la carne no sirve para nada. Las palabras que os he dicho son espíritu y vida. Y, con todo, hay algunos de entre vosotros que no creen». Pues Jesús sabía desde el principio quiénes no creían y quién lo iba a entregar. Y dijo: «Por eso os he dicho que nadie puede venir a mí si el Padre no se lo concede». Desde entonces, muchos discípulos suyos se echaron atrás y no volvieron a ir con él.

Entonces Jesús les dijo a los Doce: «¿También vosotros queréis marcharos?». Simón Pedro le contestó: «Señor, ¿a quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna; nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo de Dios». Jesús le contestó: «¿Acaso no os

he escogido yo a vosotros, los Doce? Y uno de vosotros es un diablo». Lo decía por Judas, el hijo de Simón Iscariote, pues este lo iba a entregar, uno de los Doce. (Jn 6, 60-71)

Los seguidores de Jesús siguen murmurando de él, esto es, se niegan a creer en él y rechazan su origen divino. Y así, aquellos discípulos, tan entusiastas y deseos de hacer rey a Jesús, pues esperaban solución de él para los problemas, ya que habían comido gratis hasta saciarse, terminan dándole la espalda y marchándose. No creen en el Hijo del hombre ni en su palabra, y así consuman la ruptura.

La reacción de Jesús es muy significativa. No era un ingenuo y sabía lo que sucedía cuando se le sigue por interés. Le seguían porque habían saciado su hambre, no por la persona misma de Jesús. él les ofrecía la vida eterna, pero ellos prefieren sus seguridades al riesgo de aventurar la vida en la fe.

El evangelista comenta de forma significativa que Jesús atribuye la falta de fe al hecho de que el Padre no los ha llevado a él, sino el interés y lo que la gente comentaba. «Por eso os he dicho que nadie puede venir a mí si el Padre no se lo concede». Ir a Jesús, entregarse a su palabra, es obra del Padre. Quien se aleja de él es, en última instancia, la expresión de quien vive replegado sobre uno mismo, sobre unas creencias, aun cuando provengan de una cultura religiosa. El rechazo del enviado es, en definitiva, un rechazo del Padre que lo envió para dar la vida al mundo.

Jesús no se arredra ante la soledad, se vuelve a los suyos y les pregunta si también ellos quieren marcharse, si también le abandonan a causa de sus palabras sobre el pan de vida. La respuesta de Pedro, verdadera confesión de fe, nos recuerda cuál es la obra del Padre. En efecto, en una confesión similar de Pedro, tal como la presentan los sinópticos, Jesús afirma ante la confesión del discípulo: «¡Bienaventurado tú, Simón, hijo de Jonás!, porque eso no te lo ha revelado ni la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos». (Mt 16, 17) El discípulo verdadero no es el entusiasta, sino el que se fía de Jesucristo, de su palabra, el que permanece en él y en sus palabras, aun cuando le puedan resultar duras y no comprenda la manera en que el Hijo lleva adelante la misión salvadora.

También conviene notar que la confesión de Pedro supone una inteligencia superior de la persona de Jesús, muy superior a la que puede alcanzar la razón y la experiencia humana. El evangelista Marcos recuerda al inicio de su evangelio cómo un espíritu inmundo reconoce a Jesús en su acción y palabra: «¿Qué tenemos que ver nosotros contigo, Jesús Nazareno? ¿Has venido a acabar con nosotros? Sé quien eres: El Santo de Dios?» (Mc 1, 24) Pero el diablo no es atraído por el Padre para ir a Jesús, para entregarse a la acción de su palabra y vida, sino que reconoce su identidad, pero para seguir oponiéndose al designio de Dios. La fe, por tanto, supone un ponerse en camino para ir al encuentro de Jesús y entregarse a él sin razonar, sin murmurar, para seguirle en todo momento, aun cuando sea en la oscuridad de la noche. No olvidemos que Judas, uno de los Doce, lo entregará. Jesús lo sabe y anuncia. Este es el drama: se puede seguir a Jesús, pero desde fuera, sin ir a él y entregarse a su palabra y seguirle de manera incondicional.

5.- ALGUNAS CONSECUENCIAS

Después de este breve recorrido por el capítulo VI del evangelio según san Juan, veamos algunas consecuencias para nosotros, que hemos sido agraciados con el don de la fe y que estamos llamados a cultivar y testimoniar, personal y comunitariamente, en medio de un

mundo secular, plural, complejo, liquido y cambiante. No podemos quedarnos en vivir unos valores, en una vaga religiosidad o generosidad. No lo olvidemos: La obra del Padre es llevarnos a la fe en su Hijo, enviado para darnos la vida eterna. No podemos dejar de preguntarnos cómo colaboramos con el Padre en su obra en nosotros y en los demás.

1. *Vivir la fe en la acción de gracias.* Ante todo conviene que demos gracias cada día de forma consciente por el hecho de que es el Padre el que nos ha atraído hacia su Hijo. Él es quien nos ha dado el pan de la vida y el que nos ha dado la fe en él. Este agradecimiento nos hace cada día más humildes, pues no podemos apropiarnos nada como si el mérito de la fe fuera nuestro. ¡Es la obra del Padre! Vivir la fe es ponerse día tras día en camino hacia Jesús, para adentrarnos en la lógica profunda de su Pascua. Comer su carne y beber su sangre es compartir su vida pascual. Es lo que significa entrar en comunión con el que nos amó y se entregó por nosotros.

Creo que los miembros de los Institutos Seculares tenemos aquí un punto decisivo de nuestra consagración en el mundo y a través de las realidades temporales. Ser testigos de la fe es ser testigos de la obra del Padre en nosotros y en las personas que Dios nos pone en el camino.

2. *Confesar a Jesús como el Santo de Dios.* Esto supone ser testigos de Jesucristo como el Hijo enviado por el Padre. Jesús no es un simple modelo moral o un gran maestro de sabiduría. Es el Verbo encarnado, que ha sido enviado al mundo para darnos la vida. Él es el santo que nos hace santos. Todo esto supone no avergonzarse, como diría san Pablo, del evangelio que es fuerza de salvación (cf. Rom 1, 16-17; 2Tim 1, 6-14). ¿Somos realmente testigos de Jesucristo desde nuestra debilidad? ¿Sabemos gozarnos de nuestras flaquezas o nos lamentamos porque somos ya irrelevantes, o porque no se nos tiene en cuenta?

No es nuestro hacer el que salva al mundo, el Salvador es Jesucristo. El hombre es santo en la medida que se une por gracia al único santo. Somos santos en Cristo. La acción del hombre es agradable a Dios y produce un fruto de vida en la medida que brota de estar en el Santo de Dios.

3. *Colaborar en la obra de Dios en medio de nuestros ambientes.* A veces nos planteamos la vida con una cierta mentalidad judía. En efecto, seguimos preguntado con frecuencia como lo hicieran los oyentes de Jesús: ¿qué debemos hacer para hacer las obras de Dios? La respuesta de Jesús ya la conocemos. La obra del Padre es una, conducir a los hombres a la fe en Jesucristo su enviado, pues sólo en él hay salvación.

No podemos, por tanto, dejar de preguntarnos en nuestra condición de laicos y laicas consagrados cómo colaboramos en el Espíritu Santo a llevar adelante «la obra del Padre». ¿Cómo tratamos de conducir a los hermanos de camino a la fe en Jesús, el Hijo enviado al mundo y para salvar al mundo? ¿Cómo trabajamos para que se cumpla en designio de Dios de recapitular todo en su Unigénito (cf. Ef 1, 9-10)?

4. *Asumir la soledad propia de quien permanece unido a Jesús.* La metáfora de Jesús el pan de vida bajado del cielo nos recuerda que no fue comprendido, que sus afirmaciones le llevaron a experimentar el rechazo y abandonó por la inmensa mayoría de sus seguidores, de sus entusiastas, que habían comido hasta saciarse. Pero al escuchar sus palabras entraron en crisis y le dieron la espalda. Una vez más se cumplía la profecía del viejo Simeón, el cual, animado por el Espíritu Santo, anunció a María que Jesús

sería signo de contradicción. «Simeón los bendijo y dijo a María, su madre: Este ha sido puesto para que muchos en Israel caigan y se levanten; y será como un signo de contradicción –y a ti misma una espada te traspasará el alma–, para que se pongan de manifiesto los pensamientos de muchos corazones». (Lc 2, 34-35) ¿Podemos aspirar nosotros a una suerte mejor?

En efecto, él vino al mundo para dar testimonio del amor del Padre, de la misericordia entrañable; pero no todos lo recibieron. Y esa oferta gratuita de salvación, algo que se olvida en la sociedad líquida y superficial, se convierte en juicio de la misma (cf. Jn 3, 16ss). La gracia y salvación de Dios se manifiesta en la realización de la verdad. El que rechaza la palabra de la vida, el mismo se juzga. La oferta del perdón y la misericordia de Dios no siempre es bien acogida.

5. *No son los signos los que dan la fe, sino el Padre que atrae hacia Jesús.* El profeta y apóstol del Señor no puede olvidar la palabra de Jesús. No son los signos los que dan la fe, sino la acción del Padre en el corazón de sus criaturas, los seres humanos. Por ello es preciso avanzar en medio de los hombres con una profunda humildad, sencillez y pobreza. Es preciso orar y saber esperar, darse y dar la vida, sabiendo que es Dios el que da el incremento, el que pone la fe en el corazón de quienes se abren con libertad a su acción. Estamos en el terreno de la fe y no de una simple religiosidad.